

ALFONSO ALFONSO
UNIVERSIDAD DE LA HABANA
C. A. 1970

índice que construimos sobre las actitudes emancipatorias femeninas nos permitió observar que para la población en general la diferencia de hijos nacidos vivos es de 3.2 hijos por mujer en promedio. Claro que como era de suponerse - es mayor la proporción de mujeres jóvenes que pueden ser consideradas como "liberales" o "modernas" ya que son más susceptibles a los cambios culturales. Pero aún cuando controlamos la relación por la duración de la unión, pudimos apreciar que para todas las mujeres - tanto las más jóvenes como las más viejas - esta regla se cumplía, y que el diferencial máximo para aquellas que estaban al término de su vida fértil, las de actitudes más tradicionales tenían en promedio 2.1 hijos más que las de orientación moderna.

En cuanto a las variables relacionadas directamente con la regulación de la natalidad, es decir el conocimiento y la utilización de la anticoncepción, describimos cosas muy interesantes:

a) La proporción de mujeres que conocen y que han utilizado técnicas eficaces de planificación de la familia (piloras, D.I.U., inyección, esterilización) es mayor que la de mujeres que conocen y que han utilizado las menos eficaces (condón, retiro, ritmo, billings, jaisas, espumas, óvulos, lavados). Esto parece curioso, ya que entre los métodos menos eficaces están los más tradicionales, más antiguos y más baratos (aunque sabemos que la promoción del sector salud se ha encocado principalmente hacia los métodos de mayor eficacia).

b) Sorprendentemente, al observar el impacto real de los métodos anticonceptivos sobre la fecundidad, descubrimos que no existe un efecto restrictivo sobre el número de hijos si comparamos a las que han utilizado algún método contraceptivo eficaz con las que no lo han hecho. Y en cambio, entre las usuarias de métodos menos eficaces si se nota una fecundidad generalmente menor que entre las que no han utilizado ningún método. Creemos que esto se debe a la mayor tasa de abandono de los métodos eficaces, ya que son los que provocan efectos secundarios mucho más dañinos. (Nuestros datos solo nos indican si han utilizado algún método, pero no nos dicen si lo siguen empleando).

c) Se observa una asociación claramente definida entre el conocimiento y la utilización de técnicas anticonceptivas por una parte, y el nivel de escolaridad, el nivel de comunicación y el índice de actitudes emancipatorias por la otra, lo que muestra la voluntad entre las mujeres con estas características para reducir su fecundidad.

En lo que se refiere a las variables familiares propiamente dichas, pudimos comprobar que las más significativas en el análisis de la fecundidad fueron las que refieren a los aspectos de la interacción, quedando en segundo término las que se relacionan con la estructura de la familia. Debemos señalar que al iniciar este trabajo habíamos incluido dentro del modelo de interpretación de la fecundidad una variable que hacía alusión al "acuerdo conyugal". Sin embargo los datos obtenidos para medirla fueron tan homogéneos, que no alcanzaban a discriminar a la población estudiada, y por este motivo nos vimos en la necesidad de excluirla de nuestro análisis. Dentro del conjunto de estos factores que finalmente conservamos, el que demostró una mayor correlación con el comportamiento reproductivo, fue la comunicación conyugal. A diferencia de lo que habíamos encontrado en otros estudios, los resultados aquí obtenidos nos muestran que el puntaje global de comunicación de la pareja es más importante para explicar la reducción del número de hijos, que el hecho de dialogar específicamente sobre los planes de fecundidad. El diferencial máximo que obtuvimos para las mujeres que se han estado unidas por más de 20 años fue de un hijo por mujer entre las que más platican y las que menos lo hacen sobre planes de fecundidad, mientras que el score global de comunicación arrojó -para este mismo grupo de mujeres- una diferencia promedio de dos hijos por mujer.

Por otra parte, el estudio de la satisfacción conyugal nos llevó a confirmar algo que ya habíamos anticipado: que no existe una correspondencia entre el principal fin buscado al casarse y la verdadera satisfacción que se encuentra en la vida matrimonial. Si bien es cierto que una mayoría de mujeres se unen maritalmente buscando la compañía y el amor de su marido, el 78% encuentran finalmente su principal satisfacción en los hijos que tienen, por lo cual se entiende que las menos satisfechas de su relación conyugal encuentran en una maternidad abundante su fuente primor-

LIBRERIA ALFONSO
UNIVERSIDAD NACIONAL
1970

Y se observa una asociación claramente definida entre el conocimiento y la utilización de técnicas anticonceptivas por una parte, y el nivel de escolaridad, el nivel de comunicación y el índice de actitudes emancipadas por la otra, lo que muestra la voluntad entre las mujeres con estas características para reducir su fecundidad.

En lo que se refiere a las variables familiares propiamente dichas, pudimos comprobar que las más significativas en el análisis de la fecundidad fueron las que refieren a los aspectos de la interacción, quedando en segundo término las que se relacionan con la estructura de la familia. Debemos señalar que al iniciar este trabajo habíamos incluido dentro del modelo de interpretación de la fecundidad una variable que hacía alusión al "acuerdo conyugal". Sin embargo los datos obtenidos para medir la tan homogénea, que no alcanzaban a discriminar a la población estudiada, y por este motivo nos vimos en la necesidad de excluirla de nuestro análisis. Dentro del conjunto de estos factores que finalmente conservamos, fue la comunicación conyugal la que demostró una mayor correlación con el comportamiento reproductivo, en otros estudios, los resultados aquí obtenidos nos muestran que el puntaje global de comunicación de la pareja es más importante para explicar la reducción del número de hijos, que el hecho de dialogar específicamente sobre los planes de fecundidad. El diferencial máximo que obtuvimos para las mujeres que se han estado unidas por más de 20 años fue de un hijo por mujer entre las que más practican y las que menos lo hacen sobre planes de fecundidad, mientras que el score global de comunicación arrojó -para este mismo grupo de mujeres- una diferencia promedio de dos hijos por mujer.

Por otra parte, el estudio de la satisfacción conyugal nos llevó a continuar algo que ya habíamos anticipado: que no existe una correspondencia entre el principal fin buscado al casarse y la verdadera satisfacción que se encuentra en la vida matrimonial. Si bien es cierto que una mayoría de mujeres se unen maritalmente buscando la compañía y el amor de su marido, el 78% encuentran finalmente su principal satisfacción en los hijos que tienen, por lo cual se entiende que las menos satisfechas de su relación conyugal encuentran en una maternidad abundante su fuente primor-

dial de gratificación. Y así las diferencias son concluyentes: las mujeres que se encuentran en una etapa avanzada de su unión y que reconocieron que son poco felices o infelices en su matrimonio tienen en promedio 2 hijos más que las que afirmaron que eran muy felices. Y algo parecido sucede cuando se toman otros indicadores de la satisfacción marital: en todos los casos las mujeres más satisfechas son las que tienen menos hijos (los diferenciales varían entre uno y dos hijos por mujer para las que se encuentran al final de su vida reproductiva).

Las variables de la estructura familiar, por su parte también demostraron tener un efecto sobre el número de hijos por mujer, aunque pudimos notar ciertas ambigüedades. En el caso de la composición familiar, alcanzamos a apreciar que las familias a las que dimos el nombre de "compuestas" tienen en promedio 0.7 hijos más que las nucleares, pero solo en el grupo de mujeres cuya unión se ha prolongado por más de 20 años. En los otros grupos, no se manifiestan diferencias en los niveles de fecundidad.

Aquí hallamos que las decisiones conjuntas se dan en más baja proporción. Ya sabíamos desde el principio que la manera en que estábamos manipulando esta variable era demasiado general, y que nuestros indicadores eran relativamente pobres. Pero con el objeto de aprovechar hasta donde fuese posible estos datos, procedimos a descomponer la categoría inicial que representaba a las familias compuestas en dos sub-categorías. Esta nueva categorización se hizo de acuerdo a la relación de parentesco de la mujer entrevistada en el grupo familiar ampliado. Si la entrevistada constituía la primera generación, hablábamos de familias compuestas-de procreación; pero si ella pertenecía a la segunda generación, entonces nos referíamos a familias compuestas-de orientación. Y contra todo pronóstico descubrimos que nuestras previsiones relativas a una mayor fecundidad en las familias compuestas solo se aplicaban para las de procreación, al tiempo que las familias de orientación manifestaban tener una fecundidad ora similar, ora inferior, que la de las familias nucleares. Tomando en cuenta que la composición familiar es una variable que está íntimamente relacionada por el medio ambiente social que rodea a la familia, recomendamos que en futuras investigaciones se incluyan indicadores que puedan completar la información requerida para hacer una medición de mayor exactitud de estas categorías, y que al mismo tiempo exploren lo cercano o lejano de las

LIBRERIA ALFONSO
UNIVERSIDAD
C. A. 12-16

distal de gratificación. Y así las diferencias son concluyentes: las mujeres que se encuentran en una etapa avanzada de su unión y que reconocieron que son poco felices o infelices en su matrimonio tienen en promedio 2 hijos más que las que afirmaron que eran muy felices. Y algo parecido sucede cuando se toman otros indicadores de la satisfacción marital: en todos los casos las mujeres más satisfechas son las que tienen menos hijos (las diferencias varían entre uno y dos hijos por mujer para las que se encuentran al final de su vida reproductiva).

Las variables de la estructura familiar, por su parte también demostraron tener un efecto sobre el número de hijos por mujer, aunque pudimos notar ciertas ambigüedades. En el caso de la composición familiar, si comparamos a apreciar que las familias a las que dimos el nombre de "compuestas" tienen en promedio 0.7 hijos más que las nucleares, pero solo en el grupo de mujeres cuya unión se ha prolongado por más de 20 años. En los otros grupos, no se manifiestan diferencias en los niveles de fecundidad.

Ya sabemos desde el principio que la manera en que estamos manipulando esta variable era demasiado general, y que nuestros indicadores eran relativamente pobres. Pero con el objeto de aprovechar hasta donde fuese posible estos datos, procedimos a descomponer la categoría inicial que representaba a las familias compuestas en dos sub-categorías. Esta nueva categorización se hizo de acuerdo a la relación de parentesco de la mujer entrevistada en el grupo familiar ampliado. Si la entrevistada constituía la primera generación, habíamos de familias compuestas de procreación; pero si ella pertenecía a la segunda generación, entonces nos referíamos a familias compuestas de orientación. Y contra todo pronóstico descubrimos que nuestras previsiones relativas a una mayor fecundidad en las familias compuestas solo se aplicaban para las de procreación, al tiempo que las familias de orientación manifestaban tener una fecundidad casi similar, o inferior, que la de las familias nucleares. Tomando en cuenta que la composición familiar es una variable que está íntimamente relacionada por el medio ambiente social que rodea a la familia, recomendamos que en futuras investigaciones se incluyan indicadores que puedan completar la información requerida para hacer una medición de mayor exactitud de estas categorías, y que al mismo tiempo exploren lo cercano o lejano de las

tradicional (esto sucede siempre, en cualquier situación de transformación cultural). Sin embargo, por ejemplo, como las mujeres todavía creen que la autoridad formal debe recaer en la figura del esposo-padre. Pero

también encontramos que la gran mayoría (83.6%) opinan que la mujer debería participar más en las decisiones importantes de la familia. También incorporamos en nuestro estudio el análisis de la autoridad familiar, como uno de los componentes estructurales de mayor peso en el contexto del fenómeno familiar. Para medirlo utilizamos como indicadores algunos temas que son sujetos de decisiones en la vida familiar cotidiana. Descubrimos que es sorprendentemente elevado el porcentaje de mujeres que declaran que las decisiones se toman en conjunto, ya que según el indicador de que se trate, la proporción de decisiones compartidas varía entre el 35.6% y el 74.3% (aunque la mayoría de los porcentajes de decisiones compartidas oscilan entre el 50 y 60%).

Nos pareció interesante el hecho de que el indicador en donde se notan más polarizados los datos es precisamente el que se remite a la decisión sobre el trabajo de la mujer (que trabaje o no fuera del hogar).

Aquí, hallamos que las decisiones conjuntas se dan en más baja proporción (35.6%), y al mismo tiempo es en donde se nota el mayor porcentaje de decisiones femeninas (33.2%), aunque también el más alto porcentaje de decisiones masculinas (30.9%).

El conjunto de indicadores que aluden a estas decisiones familiares nos llevan a concluir que los procesos decisionales de las familias de nuestra muestra están lejos de ajustarse a los estereotipos tradicionales de estructura de autoridad familiar. No cabe duda que se está dando un

cambio, y que ello está llevando a la mujer a una posición mucho menos sumisa. Sin embargo, es necesario reconocer que existen otras dimensiones de la autoridad que no hemos contemplado. Las decisiones abiertas que se toman en un grupo familiar constituyen un buen indicador, pero no el único. Existen otros elementos subyacentes a los procesos decisionales abiertos y que son mucho más difíciles de descubrir a través de una encuesta por muestreo. Algunas fuerzas culturales empujan efectivamente en

una dirección de mayor independencia y participación femenina, y otras, al contrario, ejercen presión en un sentido opuesto. No es de extrañar entonces que se den manifestaciones de actitudes y de valores ambiguos y con-

ESPECIAL ALFONSO...
UNIVERSIDAD...
1970-1971

razones rurales de tales familias, tratando de explicar y diferenciar a aquellas que son de reciente migración.

También incorporamos en nuestro estudio el análisis de la autoridad familiar, como uno de los componentes estructurales de mayor peso en el contexto del fenómeno familiar. Para medirlo utilizamos como indicadores algunos temas que son sujetos de decisiones en la vida familiar cotidiana. Descubrimos que es sorprendentemente elevado el porcentaje de mujeres que declaran que las decisiones se toman en conjunto, ya que según el indicador de que se trate, la proporción de decisiones compartidas varía entre el 35.6% y el 74.3% (aunque la mayoría de los porcentajes de decisiones compartidas oscilan entre el 50 y 60%).

Nos pareció interesante el hecho de que el indicador en donde se notan más polarizados los datos es precisamente el que se refiere a la decisión sobre el trabajo de la mujer (que trabaja o no fuera del hogar). Aquí, hallamos que las decisiones conjuntas se dan en más baja proporción (35.6%), y al mismo tiempo es en donde se nota el mayor porcentaje de decisiones femeninas (33.2%), aunque también el más alto porcentaje de decisiones masculinas (30.9%).

El conjunto de indicadores que sirven a estas decisiones familiares nos llevan a concluir que los procesos decisoriales de las familias de nuestra muestra están lejos de ajustarse a los estereotipos tradicionales de estructura de autoridad familiar. No cabe duda que se está dando un cambio, y que esto está llevando a la mujer a una posición mucho menos sumisa. Sin embargo, es necesario reconocer que existen otras dimensiones de la autoridad que no hemos contemplado. Las decisiones abiertas que se toman en un grupo familiar constituyen un buen indicador, pero no el único. Existen otros elementos subyacentes a los procesos decisoriales abiertos y que son mucho más difíciles de descubrir a través de una encuesta por muestra. Algunas fuerzas culturales empujan efectivamente en una dirección de mayor independencia y participación femenina, y otras, al contrario, ejercen presión en un sentido opuesto. No es de extrañar entonces que se den manifestaciones de actitudes y de valores ambiguos y con-

tradictorios (esto sucede siempre, en cualquier situación de transformación cultural). Observamos, por ejemplo, como las mujeres todavía creen que la autoridad formal debe recaer en la figura del esposo-padre. Pero también encontramos que la gran mayoría (83.6%) opinan que la mujer debería participar más en las decisiones importantes de la familia.

En relación con la fecundidad la encuesta arrojó datos que no nos parecen concluyentes: si bien se nota una ligera tendencia entre las familias más igualitarias a tener menos hijos, los diferenciales no son lo bastante amplios como para declarar rotundamente que estos procesos decisoriales tienen un impacto definitivo sobre el comportamiento reproductivo.

Toda la información que hasta aquí hemos revisado nos permite vislumbrar una reducción muy significativa en los niveles de fecundidad para las próximas décadas (al menos en las zonas urbanas):

a) Primero, porque todo parece indicar que los valores que sustentan a las familias numerosas están cambiando. Cuando menos ya sabemos que el número ideal de hijos es relativamente pequeño (al menos en relación con la fecundidad real), ya que es de 3 hijos por familia en promedio y con una varianza insignificante. También porque a diferencia de lo que tradicionalmente arrojaban las encuestas sobre fecundidad, ya casi nadie opina que el número ideal de hijos es "los que Dios mande", ni "todos los que pueda mantener".

b) En segundo lugar, porque existe una importante tendencia al cambio entre las mujeres más jóvenes, particularmente en lo que respecta a la definición del papel social y familiar de la mujer. En este sentido, los cambios culturales, aunque todavía presentan elementos de ambigüedad, apuntan a una dirección bien definida, y están estrechamente relacionados con modificaciones en las pautas de conducta reproductiva.

c) En tercer lugar, porque muchos de los cambios culturales a los que hacemos referencia están íntimamente vinculados con el incremento de escolaridad femenina, la cual -como vimos- afecta de manera rotunda a la

LIBRERIA ALFONSO
UNIVERSIDAD
C. A. M. U.

tradicionales (esto sucede siempre, en cualquier situación de transfor-
ción cultural). Observamos, por ejemplo, como las mujeres todavía creen
que la autoridad formal debe recaer en la figura del esposo-padre. Pero
también encontramos que la gran mayoría (83.6%) opinan que la mujer debe
participar más en las decisiones importantes de la familia.

En relación con la fecundidad la encuesta arrojó datos que no nos
parecen concluyentes: si bien se nota una ligera tendencia entre las
familias más igualitarias a tener menos hijos, las diferencias no son lo
bastante amplias como para declarar rotundamente que estos procesos deci-
sionales tienen un impacto definitivo sobre el comportamiento reproducti-
vo.

Toda la información que hasta aquí hemos revisado nos permite visua-
lizar una reducción muy significativa en los niveles de fecundidad para las
próximas décadas (al menos en las zonas urbanas):

a) Primero, porque todo parece indicar que los valores que sustentan a las
familias numerosas están cambiando. Cuando menos ya sabemos que el número
ideal de hijos es relativamente pequeño (al menos en relación con la
fecundidad real), ya que es de 3 hijos por familia en promedio y con una
varianza insignificante. También porque a diferencia de lo que tradicio-
nalmente arrojaban las encuestas sobre fecundidad, ya casi nadie opina que
el número ideal de hijos es "los que Dios mande", ni "todos los que pueda
mantener".

b) En segundo lugar, porque existe una importante tendencia al cambio
entre las mujeres más jóvenes, particularmente en lo que respecta a la
definición del papel social y familiar de la mujer. En este sentido, los
cambios culturales, aunque todavía presentan elementos de ambigüedad,
apuntan a una dirección bien definida, y están estrechamente relacionados
con modificaciones en las pautas de conducta reproductiva.

c) En tercer lugar, porque muchos de los cambios culturales a los que
hacemos referencia están íntimamente vinculados con el incremento de
escolaridad femenina, la cual -como vimos- afecta de manera rotunda a la

nos decir que las familias más "funcionales" o más "integradas" serían las
fecundidad. Y no cabe la menor duda de que esta explosión reciente del
que tendrán un menor número de hijos y las que alcanzarán mejor sus
sistema educativo seguirá extendiéndose en los próximos años, porque
propias estas familias. Esto hace necesario que se lleven a cabo estu-
constituye uno de los compromisos más patentes de nuestro actual gobierno
dios que nos conducen a conocer un poco más a fondo la dinámica interna
y una de las bases más sólidas sobre las cuales se sustentan los esfuerzos
de nuestras familias.
de desarrollo económico, político y social del país. Así, es de esperarse
que, a medida que las nuevas generaciones vayan ocupando el lugar de las
Al encargar el slogan del Consejo Nacional de Población "menos hijos
actuales familias, sus niveles promedio de instrucción formal serán mucho
para darles un "buen comienzo", no debemos evitar pensar que la cantidad reducida de
más elevados y que conllevarán un cambio substancial tanto en los valores
hijos no garantiza de modo alguno lo que ellos puedan recibir por parte de
y actitudes como en las estructuras familiares.

Por otra parte, los datos que presentamos sobre el efecto de algunas
planificación familiar deben apuntar sus esfuerzos hacia la promoción
integral de la unidad familiar, en donde se alienten los procesos inte-
de las variables de la organización familiar sobre la fecundidad, nos
gradores de los miembros de la familia, y en los que simultáneamente se
sugieren la necesidad de que esta institución quede contemplada como
respeten los principios sobre los cuales avanza la dinámica del
aspecto prioritario dentro de los programas y de las políticas de pobla-
grupo familiar. Y no cabe la menor duda acerca del papel preponderante que
ción.

juega la mujer en este contexto, por lo que ella debe constituir la punta
de lanza de esta promoción. Pero ello no nos debe hacer olvidar que la
Cualquier política poblacional o cualquier programa de planificación
transformación del papel de la mujer no puede darse sin una transformación
familiar cuyo único objetivo consista en reducir las tasas de natalidad,
análoga en el papel del varón, y junto con ella una transformación de la
carece esencialmente de sentido. No puede pensarse siquiera que la reduc-
estructura familiar. Solo así se podrán alcanzar los objetivos
ción de la natalidad constituya un objetivo en sí mismo, ni tampoco que
de nuestras familias: "menos hijos" que "reciben un "buen comienzo".
pueda lograrse una planeación adecuada de la vida económica nacional con
tan solo reducir la cantidad de nacimientos. Es preciso comprender que si
bien una disminución en el crecimiento demográfico puede quitar presiones
y puede contribuir a aprovechar de manera más eficiente los escasos recur-
sos económicos, esto solo podrá hacerse en conjunción con un cambio funda-
mental en la estructura de la familia mexicana, y solo en ella encontrará
su verdadera justificación.

Hemos podido apreciar que en las familias en donde la mujer está más
satisfecha existe una menor fecundidad. También nos dimos cuenta que las
parejas que se comunican más, tienen en general menos hijos. Si pudiéramos
integrar estos conceptos dentro de uno más vasto que tratara de definir la
"funcionalidad de la organización familiar", podríamos escoger tentativa-
mente el de "integración familiar" (aunque este concepto puede resultar
mucho más complejo de lo que parece a simple vista). En este punto podría-

ALFONSO ALFONSO
UNIVERSIDAD ALFONSO
1980-1981

fecundidad. Y no cabe la menor duda de que esta explosión reciente del sistema educativo seguirá extendiéndose en los próximos años, porque constituye uno de los compromisos más patentes de nuestro actual gobierno y una de las pases más sólidas sobre las cuales se sustentan los esfuerzos de desarrollo económico, político y social del país. Así, es de esperarse que, a medida que las nuevas generaciones vayan ocupando el lugar de las actuales familias, sus niveles promedio de instrucción formal serán mucho más elevados y que conllevarán un cambio substancial tanto en los valores y actitudes como en las estructuras familiares.

Por otra parte, los datos que presentamos sobre el efecto de algunas de las variables de la organización familiar sobre la fecundidad, nos sugieren la necesidad de que esta institución quede contemplada como aspecto prioritario dentro de los programas y de las políticas de población.

Cualquier política poblacional o cualquier programa de planificación familiar cuyo único objetivo consista en reducir las tasas de natalidad, carece esencialmente de sentido. No puede pensarse siquiera que la reducción de la natalidad constituya un objetivo en sí mismo, ni tampoco que pueda lograrse una planeación adecuada de la vida económica nacional con tan solo reducir la cantidad de nacimientos. Es preciso comprender que si bien una disminución en el crecimiento demográfico puede aliviar presiones y puede contribuir a aprovechar de manera más eficiente los escasos recursos económicos, esto solo podrá hacerse en conjunción con un cambio fundamental en la estructura de la familia mexicana, y solo en ella encontrará su verdadera justificación.

Hemos podido apreciar que en las familias en donde la mujer está más satisfecha existe una menor fecundidad. También nos dimos cuenta que las parejas que se comunican más, tienen en general menos hijos. Si pudiéramos integrar estos conceptos dentro de uno más vasto que trata de definir la "funcionalidad de la organización familiar", podríamos escoger tentativamente el de "integración familiar" (aunque este concepto puede resultar mucho más complejo de lo que parece a simple vista). En este punto podría-

mos decir que las familias más "funcionales" o más "integradas" serían las que tendrían un menor número de hijos y las que alcanzarían mejor sus propias metas familiares. Esto hace necesario que se lleven a cabo estudios que nos conduzcan a conocer un poco más a fondo la dinámica interna de nuestras familias.

-Alba, F. *La Población de México: Evolución y Dilemas*. El Colegio de México, México, 1977.

Al escuchar el slogan del Consejo Nacional de Población: "pocos hijos para darles mucho", no podemos evitar pensar que la cantidad reducida de hijos no garantiza de modo alguno lo que ellos puedan recibir por parte de sus padres. Por eso es que las políticas de población y los programas de planificación familiar deben apuntar sus esfuerzos hacia la promoción integral de la unidad familiar, en donde se alimenten los procesos integradores de los miembros de la familia, y en los que simultáneamente se respeten los caminos plurales sobre los cuales avanza la dinámica del grupo familiar. Y no cabe la menor duda acerca del papel preponderante que juega la mujer en este contexto, por lo que ella debe constituir la punta de lanza de esta promoción. Pero ello no nos debe hacer olvidar que la transformación del papel de la mujer no puede darse sin una transformación análoga en el papel del varón, y junto con ellos una transfiguración de la estructura familiar. Solo así se podrán alcanzar los verdaderos objetivos de nuestras políticas demográficas: "pocos hijos", que "reciban mucho".

-Boivin, Micheline. *Communication Conjugale et Planification des Naissances en Milieu Défavorisé Urbain Québécois*. Cuadernos LABRAPS, Universidad Laval, Quebec, 1973.

-Booth, Tony. *Creciendo en Sociedad*. Ed. C.E.C.S.A., México, 1982.

-Brasilia, Carlos. *Migración y Formación Familiar en México*. El Colegio de México, México, 1985.

-Brochon, Pierre. *La Famille. Idées Traditionnelles, Idées Modernes*. Ed. Le Centurion, Paris, 1976.